

mismo de la décima sexta centuria. Quince años estuvieron reunidas aquellas regiones tan separadas por su fe religiosa. Bélgica se constituyó en reino, y buscó una dinastía entre los felices Coburgos de Alemania. Holanda conservó la misma dinastía que le habían dado las leyes internacionales del año quince. Aquel reino intermediario entre Alemania y Francia soñado por Carlos el Temerario, se ha desvanecido como todo sueño, y su espacio aún está sembrado de guerras y de revoluciones.

V

Pero esta idea de interponer un Estado, que llegase desde las costas del Mediterráneo hasta las costas del Océano, entre las grandes regiones de nuestra Europa representadas por Francia y Alemania, esta idea, todavía perdura en nuestro siglo y todavía genera ciertas unidades políticas, manteniéndolas en diplomática neutralidad, asegurada por el unánime consentimiento de las potencias mayores y primeras. Como sucedió tantas veces en las viejas monarquías, donde los afectos de familia solían sobreponerse á las ideas de los jefes del Estado, y aún á los intereses de este último, sucedió en la obra de Carlos el Temerario: lo que había procurado el monarca, interponiendo una parte de Provenza, otra de Suiza, otra de Alsacia, otra de Lorena, otra de Flandes, y otra de Holanda entre las regiones centrales, sobre todo, entre Francia y Alemania, lo destruyó el padre, al casar su hija, María de Borgoña, con el emperador de Alemania y duque de Austria, Maximiliano I, abuelo de Carlos V. Gravísimo error cometió separando por su política y por sus guerras Francia y Alemania para concluir uniendo esta última con sus Estados en el vínculo hereditario de su monarquía. No damos un paso en los viejos tiempos de la historia humana, sin que surjan enseñanzas prácticas á demostrarnos los errores y los crímenes del viejo régimen absolutista. En aquellos tiempos los reyes vendían y traspasaban sus Estados á guisa de predio, y sus súbditos á guisa de rebaño, según su conveniencia personal ó la conveniencia de su familia. Como Carlos III pudo en España vender á los extraños una parte considerable de su América, sin saberlo y advertirlo el pueblo, Carlos el Temerario pudo disminuir el Estado, que había compuesto con altos fines más ó menos adivinados por su intuición, para engrandecer el patrimonio de su hija, y verla sentada en el trono altísimo de Alemania,

llamándose con ufanía Emperatriz, y reuniendo so el manto suyo tantos principúculos de la dividida Germania, sin contar en esta suma las regiones lejanas más adscritas al imperio en el Oriente de nuestra Europa. Sea lo que quiera de todo esto, resalta en su totalidad una trascendente y admirable enseñanza, la de que todavía hoy Europa necesita con suprema necesidad, para el cumplimiento de sus ulteriores destinos, para la obra de paz indispensable á sus comunes intereses, para la organización de su libertad, erigir fajas de territorios neutrales entre las grandes potencias que contrasten por algún modo sus enormes fuerzas y detengan ó amortigüen sus mutuos tremendos choques. Cuanto no ha crecido Rusia, tan amenazadora de suyo á todos los intereses occidentales, desde que Polonia cayó en sus garras por la triste desmembración, nunca bastante llorada, y cayó también Crimea por las increíbles conquistas. Estos territorios, levantados por un lado entre Turquía y Rusia, por otro lado entre Rusia y Alemania, podían parar entonces los choques terribles de cuatro grandes imperios, expuestos hoy á estrellarse unos contra otros por la triste falta de tan preciosos amortiguantes.

En el centro de nuestra Europa queda todavía, por fortuna, un resto de aquella obra concebida en el pensamiento elevado, y frustrada en la voluntad tornadiza de Carlos el Temerario. Esta obra se llama hoy la neutralidad belga y la neutralidad helvética. Y esta neutralidad belga con esta neutralidad helvética, no representan en el mundo europeo sino la necesidad, sentida por Europa entera, de amortiguar los choques temibles entre Francia y Alemania. Bajo la obsesión de tal temor hanse declarado neutrales el reino de Bélgica, la República de Helvecia, y una parte de la misma Saboya, por anexiones recientes reincorporada, en tratados solemnes y tras plebiscitos unánimes, á la nación francesa. Por tales motivos, los asuntos interiores del pueblo belga y del pueblo suizo elévanse á verdaderos asuntos internacionales. Todo político inglés pregunta con anhelo á sus prohombres y estadistas si la Gran Bretaña se lanzará ó no á la guerra por conservar la neutralidad belga, dado el peligro de que una gran potencia tome la desemboadura del Escalda y pueda cerrar en las edades por venir los centros europeo al trabajo y al comercio inglés. Los recelos crecen de tal suerte, que un eminentísimo estadista sajón, Sir Carlos Dilke, ha publicado profundo estudio en Revistas importantísimas, tanto francesas como británicas, sobre

la posibilidad en el pueblo belga de salvar su sér y estado neutral contra las probables agresiones germánicas en la inminente guerra con Francia. Estas cuestiones por tal modo han trascendido á la política interior del breve reino, que su ministerio ha presentado proyectos referentes á las fortificaciones, á las armas y al servicio, todos ellos movidos y determinados por la sospecha, bien explicable, de una invasión germánica. Las Cámaras no han mostrado en este asunto el celo activo de su gobierno, y por los medios usuales en las resistencias parlamentarias, hánse opuesto á validar las proposiciones presentadas. Y en efecto, el rey se ha creído, á pesar de su constitucionalismo hereditario, en el deber de intervenir; y ha tratado la cuestión como pudiera tratarla cualquier belga exento de sus responsabilidades. Y lo que pasa en el territorio belga, pasa en el territorio suizo también. Esta confederación ha estimado, en vista de las dificultades presentadas á la seguridad completa de su territorio por los sucesos en perspectiva, entenderse con Francia, pidiéndole que le asegure con su garantía la necesaria neutralidad é independencia del territorio saboyano inscrito en los tratados internacionales. Y ha sucedido más, ha sucedido que recelosa Helvecia de ciertos partidos italianos, los cuales, en su espontáneo, pero poco sesudo irredentismo, sueñan todavía con devolver á Italia los territorios del Tesino, pertenecientes á Suiza, se ha creído en el caso de recordar valientemente como esta pacífica, pero libre y republicana región, tiene todos los medios en su ejército de salvar su propia independencia y su diplomática neutralidad.

Interesándonos tanto como nos interesan los Estados intermediarios entre las grandes potencias, no podemos sino convertir los ojos al Oriente, donde hay varios destinados á igual ministerio. No hace mucho que allí en Oriente, los Estados intermediarios, que deben evitar un choque funesto entre Rusia y Alemania, entre Rusia y Turquía, entre Austria y Rusia, entre Austria y Turquía, Estados preciosos á la paz europea, se habían desvanecido y borrado en las fuerzas de los grandes núcleos á ellos cercanos. Unos, como Hungría y Croacia, pertenecían completamente al imperio austriaco, el cual, en su orgullo, los consideraba provincias; y otros, como Rumania y Bulgaria, pertenecían al imperio turco, el cual, en su insensatez, los consideraba feudos. El movimiento de las ideas y el metamorfoseo de las cosas han traído un resultado muy favorable al progreso, como que tales pueblos se hayan organizado sabiamente de suyo en organismos nuevos más ó me-

nos perfectos, pero en suma, separados y divididos de sus antiguos centros. Aquí el movimiento ha resultado á la inversa del sentido en la Europa central. Mientras Saboya se ha unido á Francia por el plebiscito y á Germania se han unido Alsacia y Lorena por la conquista, en Oriente se han separado muchas porciones del imperio turco y del imperio austriaco, formando verdaderos planetas, cuando no soles, en torno de los que gravitan diversos territorios. ¡Bien particular carácter y destino el carácter y destino de Austria! Un ducado germánico, á cuya cabeza dinastías de Castilla y de Lorena por medio de diversos matrimonios se han puesto, da su nombre á los territorios más dispares y á veces más contrarios del mundo. Bajo el pabellón de Austria viven italianos, dálmatas, esclavones, turcos, bosnios, herzegowinos, magyares, servios, rumanos, helenos, polacos, cheques, croatas, ruthenos y cien diversas familias. Hay quien, al ver toda esta confusión babilónica de pueblos y razas, ha llamado al imperio austriaco, una confederación semejante á la confederación helvética y á las confederaciones americanas. Yo niego el parecido. Siempre que se trata de mostrar una cosa tan evidente, como la superioridad indudable de la forma republicana sobre la forma monárquica, yo pongo enfrente la Confederación Argentina y el imperio brasileño. Mientras en éste reina una dinastía, que mancha con sus privilegios el esplendor de nuestra libre América, y bajo esta dinastía yace como consecuencia natural de las instituciones monárquicas, una esclavitud infame, cuya indispensable abrogación se promete todos los años al mundo culto y no se cumple jamás, la noble Atenas del Plata, con su democracia progresiva, con sus libertades arraigadas, con su forma republicana, crece así en riquezas intelectuales como en riquezas materiales, demostrando al mundo con su ejemplo revelador la virtud creadora y la eficacia saludable de nuestros sacrosantos principios. Y lo que digo del imperio brasileño y la Confederación Argentina, digo del imperio austriaco, una Confederación monárquica, cuando lo pongo frente á frente de las confederaciones republicanas, así en Europa, como en América.

Notad un fenómeno bien digno de notarse. Mientras en América, en los Estados-Unidos, por ejemplo, y en Suiza, todo tiende á la unidad, en Austria todo tiende á la separación tristemente. La Constitución del 48 helvética resultó un paso en la indispensable aproximación de los cantones; y cuantas reformas á tal constitución hanse después llevado, se determinan

todas á una por la indispensable necesidad de unión. Lo mismo ha pasado en América. Aquella sublime guerra, en la cual se derritieron las cadenas de los esclavos, unió á los pueblos sajones del Nuevo Mundo, como no lo habían estado jamás. En Austria sucede precisamente lo contrario. Pueblos primitivos algunos de los pueblos austriacos, mientras otros pasados de maduros y viejos, concuerdan todos en el respeto común á la suprema dinastía de Hapsburgo. Mas, en tal afecto, es en lo único que concuerdan. El emperador de Austria para ellos es rey de Bohemia, de Croacia, de Hungría; pero Bohemia, Hungría y Croacia, por haber ido á parar en manos de un mismo jefe, no tienen ya nada que ver entre sí, debiendo vivir con Parlamentos, con ejércitos, con presupuestos, y con gobiernos aparte, cada uno de ellos para su pueblo respectivo. De aquí una guerra latente y continúa entre las razas que pueblan aquellas regiones, como no se habrá visto igual en ninguna otra parte, ni en ningún otro tiempo de nuestra historia. El esclavón de Bohemia no puede vivir en paz con el germano de la misma región. La idea de raza en aquellos territorios sobrepaja de suyo á la idea de patria, tan arraigada en los territorios españoles. El bohemio eslavo niega el título de compatriota; parece imposible, al bohemio alemán. La guerra cruel toma todo género de formas y aspectos allí. Al teatro donde acuden los unos, jamás acuden los otros. El enfermo eslavo del pueblo no entra en los mejores hospitales públicos, si halla por casualidad en ellos enfermos alemanes. Cada raza tiene allí su respectiva Universidad y las escuelas dependientes. Cuando el gobierno austriaco trata de unirlos bajo el cielo común y sobre la común tierra, uno y otro pueblo le ofrecen resistencias invencibles. Los judíos estuvieron más unidos á las orillas del Nilo con los egipcios, y más unidos también, durante su cautiverio de Babilonia, á las orillas del Eufrates con los caldeos, que se hallan en Praga checos y germanos, en Pesth ruthenos y magyares. Caso raro. Una idea tan abstracta, como la idea de raza, idea filosófica, idea fisiológica, idea etnológica, una más á estos pueblos de Oriente, que la tierra común, y su complemento, la nacionalidad, es decir, la tierra ideal, surgida de la conciencia, y confirmada tanto por la geografía como por la historia.

Pende todo esto de la formación, que ha tenido el imperio austriaco, formación de la historia, tan semejante á lo que llamamos hoy formaciones geológicas. Cierta número de unidades, completamente diversas, han caído

bajo la dominación de una sola familia. Cantidades heterogéneas no han podido componer, ni sumas, ni multiplicaciones. Organismos independientes unos de otros, y desemejantes entre sí, no han podido llegar á un organismo superior. Esa virtud creadora de metamorfosis que han gozado España, Francia, Italia, Grecia, los pueblos heleno-latinos, no la consiguieron jamás los pueblos del Norte. Austria no ha podido reunir á sus razas diversas, como ha reunido España el fenicio de Cádiz, el árabe de Córdoba y Sevilla, el africano de Murcia y Almería, el griego de Valencia y Cataluña, con el celtíbero de Aragón, y el vasco de Navarra, y el cántabro de Santander, y el astur de Oviedo, y el celta de Galicia. Un imperio es un verdadero Estado; pero un imperio no es una verdadera nación. Así, aquella Marca, sita en las riberas del Danubio, y circundada por Bohemia, Moravia, y Carintia, puede ufanarse con sus innumerables vasallos, pero no puede ufanarse con ser el núcleo de una sola nación. Austria no ha conseguido la felicidad increíble de aquel islote, abrazado por las aguas del Sena, en el cual se levanta nuestra señora de París, que ha constituido la maravillosa unidad francesa. Prolongación de Baviera un día, terreno político de aluviones, Federico Barbarroja la elevó á pobre Ducado, y Enrique II la prolongó trabajosamente por medio de la conquista en el siglo duodécimo. A fin del mismo siglo, Leopoldo V le sumó el Ducado independiente de Carintia. Tras el Ducado de Carintia llegó el Condado de Goritz, extendido desde las tierras del Tirol hasta las tierras de Istria, y compuesto, por una frontera, de italianos cuasi germánicos; y por otra frontera, de esclavones cuasi griegos. Luégo vino la unión momentánea de Bohemia, y Austria, bajo el rey de aquella región, que se llamaba Ottocar II, quien juntó y sumó, siquier con las interinidades propias de los siglos medios, una gran parte de sus dominios actuales al viejo Ducado de Austria. Llamóse la primer dinastía, que comenzó á reinar allí en el siglo duodécimo, dinastía de Babenberg, como la segunda dinastía, que comenzó á reinar allí en el siglo décimo tercio, dinastía de Hapsburgo, como la tercera dinastía, que comenzó á reinar en el siglo décimo sexto, por medio de Carlos V, dinastía de Austria, como la última dinastía, que comenzó á reinar en el siglo décimo octavo, dinastía de Lorena. Fijándose con atención sostenida en los caracteres varios de todas estas dinastías, y en la sucesión de anexiones por medio de las cuales se han formado poco á poco la suma de sus Estados, descúbranse los caracte-